



Antes de que le matasen, el maestro mostró su gloria

Lo hizo en lo alto de un monte con sus tres mejores amigos

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto.

Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.

De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:

«Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías».

Todavía estaba hablando cuando una nube lumi-

nosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:

«Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo».

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo:

«Levantaos, no temáis».

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.

Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó:

«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos» (Mt 17, 1-9)

Cuaresma en la Parroquia

Viacrucis de Cuaresma: Todos los viernes a las 7:00 pm de la tarde en la parroquia.

Conferencias Cuaresmales: La 3ª semana por el p. Gonzalo Mazarrasa a las 8 de la tarde en el templo.

Horarios de la parroquia

Misa: Diario: 8:30, 11:30 y 19:30; Sábados y vísperas: 11:30 y 19:30; Domingos: 11:30, 12:30, 13:30 y 19:30

Confesiones: 1/2 hora antes de la Misa

Adoración: Jueves de 20:00 a 21:00

Catequesis 1ª comunión: Martes, 18:00

Bautismo: Hablar con uno de los sacerdotes. Se celebran normalmente los sábados por la mañana **Grupo de Biblia:** Lunes 17:30

Apostolado de la Oración: Miércoles 12:00

Visitas a enfermos: jueves y viernes. Contactar con la parroquia.

Este es mi Hijo amado en que me complazco.

San Efrén (c. 306-373), diácono en Siria, doctor de la Iglesia

Sermón sobre la transfiguración 1, 3-4

Los llevó a la montaña para mostrarles la gloria de su divinidad y darles a conocer que él era el Salvador de Israel, como lo había anunciado por los profetas... Le vieron comer y beber, cansarse y tomar descanso, dormir, experimentar la angustia hasta sudar sangre; todo manifestaciones que no parecían estar en armonía con su naturaleza divina y no convenir más que a su humanidad. Por esto los llevó a la montaña para que el Padre le llamara Hijo y les mostrara que él era verdaderamente su Hijo, que era Dios.

Los llevó a la montaña y les mostró su realidad antes de sufrir, su poder antes de morir, su gloria antes de ser ultrajado y su honor antes de sufrir la ignominia. Así, cuando fuera arrestado y crucificado, sus

apóstoles comprendieran que no fue por debilidad sino por consentimiento y total voluntad de salvar al mundo.

Los llevó a la montaña y les mostró, antes de su resurrección, la gloria de su divinidad. Así, cuando resucitaría de entre los muertos en la gloria de su divinidad, sus discípulos reconocerían que no recibía esta gloria en recompensa de su pena, como si tuviera necesidad de ello, sino que le pertenecía por naturaleza, desde antes de los siglos, igual que al Padre y juntamente con el Padre. Así lo dijo Jesús mismo la vigilia de su pasión: “Padre glorifícame con aquella gloria que ya compartía contigo antes de que el mundo existiera.” (Jn 17,5) (de www.evangelizo.org)

Un poco de catecismo no hace daño

- **83. ¿En qué sentido Jesús es el «Hijo unigénito de Dios»?**

Jesús es el Hijo unigénito de Dios en un sentido único y perfecto. En el momento del Bautismo y de la Transfiguración, la voz del Padre señala a Jesús como su «Hijo predilecto». Al presentarse a sí mismo como el Hijo, que «conoce al Padre» (Mt 11, 27), Jesús afirma su relación única y eterna con Dios su Padre. Él es «el Hijo unigénito de Dios» (1 Jn 4, 9), la segunda Persona de la Trinidad. Es el centro de la predicación apostólica: los Apóstoles han visto su gloria, «que recibe del Padre como Hijo único» (Jn 1, 14). (441-445 454)

- **84. ¿Qué significa el título de «Señor»?**

En la Biblia, el título de «Señor» designa ordinariamente al Dios soberano. Jesús se lo atribuye a sí mismo, y revela su soberanía divina mediante su poder sobre la

naturaleza, sobre los demonios, sobre el pecado y sobre la muerte, y sobre todo con su Resurrección. Las primeras confesiones de fe cristiana proclaman que el poder, el honor y la gloria que se deben a Dios Padre se le deben también a Jesús: Dios «le ha dado el nombre sobre todo nombre» (*Flp 2, 9*). Él es el Señor del mundo y de la historia, el único a quien el hombre debe someter de modo absoluto su propia libertad personal. (446-451 455)

• **82. ¿Por qué Jesús es llamado Cristo?**

«Cristo», en griego, y «Mesías», en hebreo, significan «ungido». Jesús es el Cristo porque ha sido consagrado por Dios, ungido por el Espíritu Santo para la misión redentora. Él es el Mesías esperado por Israel y enviado al mundo por el Padre. Jesús ha aceptado el título de Mesías, precisando, sin embargo, su sentido: «bajado del cielo» (*Jn 3, 13*), crucificado y después resucitado, Él es el siervo sufriente «que da su vida en rescate por muchos» (*Mt 20, 28*). Del nombre de Cristo nos viene el nombre de *cristianos*. (436-440 453)

Para colorear los peques

*Jesús cambió de aspecto
delante de ellos...*



De la mesa del párroco

Rejuvenecer la Iglesia

Todavía recuerdo la homilía que un sacerdote amigo mío tuvo en el Santuario de los Mártires de Norteamérica camino de la JMJ de Toronto la última que convocó el Papa Juan Pablo. Se basó en un viejo escrito de la Iglesia del siglo II, algo complicado, llamado *El Pastor de Hermas*. En él, una persona tiene una visión de una anciana toda llena de arrugas, y luego, un poco más adelante vuelve a ver a la misma señora rejuvenecida y no precisamente por botox, desconocido en el S. II aunque algo de cosmética tendrían, digo yo. Él no lo entiende y le pregunta a la anciana: ¿quién eres y por qué ese cambio? Le respondió: soy la Iglesia, envejecida por el pecado, rejuvenecida por la penitencia.

Esta penitencia a la que se refiere este viejo escrito no es lo que normalmente entendemos por “hacer sacrificios”. Yo tengo un poco de alergia a esta expresión que debo decir no me gusta nada. Parece que se trata de chincharse en la vida espiritual, de fastidiarse, y no es eso. Lo que importa es la verdadera penitencia del corazón, lo que se llama, y perdonad el palabro, *compunción*. Consiste en dolerse de los pecados, unirse al Corazón de Jesús en su pasión. Es más profundo que lo que llamamos hacer un sacrificio, que incluso puede esconder un poco -o un mucho- de vanidad. Esto rejuvenece la Iglesia de verdad, le da vitalidad y alegría, le hace ser

evangelizadora, pues de lo contrario está medio muerta al no haber experimentado el perdón de los pecados.

Sobre todo la Iglesia es rejuvenecida por los carismas verdaderos, los que suscita el Espíritu Santo. En el articulito anterior dábamos algún criterio de discernimiento de éstos, y no quiero insistir más en lo que decía allí. Cuando hay un verdadero carisma, está la fuerza del Espíritu, su alegría e ilusión. La vida pastoral sale sin esfuerzo, lo que no significa que no haya que trabajar y las cosas se hagan solas. Lo que pasa es que hay energía para hacerlo, pues curiosamente uno de los nombres del Espíritu Santo, es *energeia*. Yo más que nombre suyo, diría que es uno de los efectos del Santo Espíritu, junto con la libertad. También los carismas son gracias que el Espíritu Santo da a personas en beneficio de la comunidad, para salir al paso de las necesidades de la Iglesia o del mundo.

¿Dónde están estos carismas en nuestra parroquia? ¿Cómo podemos tenerlos? Nos hace falta para ello comunión y oración, deseo sincero de entrega a Cristo, seguir al Papa que, con mucha fuerza, está renovando muchos elementos caducos. O sea, lo que dice el Evangelio: *se parece el Reino de los Cielos a un Padre de familia que saca del baúl lo antiguo y lo nuevo* Lo que vale de lo antes, ¡a mantenerlo! Y lo nuevo, a discernirlo y aceptarlo, porque rejuvenece la Iglesia y nuestra comunidad.



P. Javier